

*Un nuevo filón para las relaciones hispano-británicas de la primera mitad del siglo XX*

Silvia Ribelles de la Vega, *Un diplomático al Servicio de su Majestad. Sir George Dixon Grahame, (1873-1940)*, Granada, Comares, 2021, pp. 239, ISBN 978-84-1369-144-2

Los estudios sobre la trayectoria del Cuerpo Diplomático en España durante la primera mitad del siglo XX tienen un nuevo filón, y además específico, en esta obra sobre la figura de George Dixon Grahame.

Ciertamente, Grahame no es un desconocido para la historiografía española e internacional. Su estatus como embajador británico en España entre 1928 y 1935 ya mereció la atención de Douglas Little a mediados de los años 80 del siglo pasado, en sus estudios sobre la diplomacia británica (y estadounidense) en la España previa a la Guerra Civil. Posteriormente, Enrique Moradiellos llevó a cabo una relevante aportación sobre el papel que jugó la embajada británica comandada por Grahame ante la proclamación y evolución de la Segunda República. Más recientemente, Ángel Viñas y sus investigaciones sobre la Segunda República como precedente de la Guerra Civil Española o, por ejemplo, Jean-François Berdah y sus análisis sobre el juego de las relaciones internacionales en la España de los años treinta, dieron lugar a otras referencias y análisis sobre Grahame. En definitiva, se trata de una figura que hasta el momento había sido radiografiada como embajador de la primera potencia mundial en una España en proceso de cambio, que no sólo culminó con la llegada de la Segunda República sino con numerosos episodios conflictivos entre los que podríamos mencionar Casas Viejas o la Revolución de octubre de 1934 entre otros. Ahora bien, en ninguna de esas aportaciones, ni en otras que podrían citarse en una línea similar, se había llevado a cabo un estudio pormenorizado sobre la trayectoria propiamente biográfica de Grahame y, menos aún, lo que podría identificarse como su *background* previo a la llegada a España en 1928. Por lo tanto, la novedad que presenta esta obra de Silvia Ribelles de la Vega es sumar una nueva perspectiva a la trayectoria de Grahame, no solo como embajador de una potencia determinante en unos años significativos de la historia española, sino también la de un Grahame, primero, como miembro relevante del conjunto del Cuerpo

Diplomático británico durante la primera mitad del siglo XX en Europa Occidental; y, segundo, como una figura determinante en el ámbito de las relaciones internacionales de la Europa Occidental del primer tercio del siglo XX.

Esta obra resulta, por lo tanto, especialmente significativa en la medida que permite situar la figura de Grahame en esa doble perspectiva que fue determinante para constituir el bagaje que le permitió analizar con atino el final de la monarquía de Alfonso XIII y la posterior proclamación y consolidación de la Segunda República. Al fin y al cabo, París, Bruselas y Madrid fueron los tres ejes principales de su actividad diplomática. Las dos primeras capitales europeas le aportaron contacto directo con la realidad europea occidental no insular y, también, le situaron en uno de los más altos niveles negociadores en tanto que representante británico ante las convulsas relaciones internacionales marcadas por la Gran Guerra y sus secuelas, entre las que destacaron la problemática sobre la adaptación y trato a los vencidos en la guerra. Así, pues, su llegada a España se realizó tras haber cumplido con una de las tareas más complejas, sino la que más, en la Europa posterior a 1918: tratados de paz, crisis del Ruhr o la conferencia de desarme de Ginebra, entre otras. Ribelles ha tenido el acierto de insistir en esta etapa previa a su llegada a España para percibir cómo Grahame se había situado en una de las cúspides de la representación diplomática británica en Europa Occidental y ello le había granjeado una base más que sólida de conocimiento de la realidad europea occidental que, sin lugar a duda, fue clave para entender el porqué de sus posiciones respecto a la España de 1928-1935. Como bien reza el inicio de uno de los capítulos, Grahame se convirtió en embajador en el sol de España. Pero este destino, el último de una carrera diplomática que finalizó precisamente en julio de 1935 con el inicio de su jubilación, había tenido un estadio previo absolutamente determinante y, debe reconocerse, de más alto calado, como fue su trayectoria de primer nivel en las nubladas París y Bruselas.

Junto a esta perspectiva de análisis global de la trayectoria de Grahame, esta biografía también ha tenido la pericia de subrayar otros tres aspectos nucleares. En primera instancia, cómo Grahame fue un ejemplo de la consolidación de un modelo profesional de acceso al Cuerpo Diplomático británico, que se había tejido ya en la segunda mitad del siglo XIX y que se había consolidado plenamente con la llegada del nuevo siglo. Él, entre otros, participó de esa lógica, así como de una estructura claramente jerárquica y elitista que caracterizaba el modelo profesionalizado de acceso al Cuerpo Diplomático. No obstante, Grahame, tal y como se demuestra en esta obra, pese a que siguió las pautas establecidas de ascenso gradual en la carrera del Cuerpo Diplomático, se convirtió en un caso significativo en la medida que alcanzó tempranamente el estatus de embajador. Bruselas en 1920 se convirtió en su primer destino como máximo mandatario de una embajada británica. Ahora bien, este ascenso no fue fruto de la casualidad. Su papel como embajador de facto en la embajada británica en París en el marco del final de la Gran Guerra, le supuso su mejor carta de presentación para acceder posteriormente de forma oficial al estatus de embajador en Bruselas.

Otro aspecto significativo que es subrayado en esta biografía es el particular posicionamiento de Grahame frente a sucesos determinantes en Europa, si se compara con la línea dominante en el seno del Cuerpo Diplomático británico.

Pese a que Grahame no se convirtió en una *rara avis*, sí que se situó en una relativa distancia respecto al condicionamiento ideológico que se preveía para un miembro del Cuerpo Diplomático británico. Y en este sentido coincidieron tanto sus posiciones sobre la reconfiguración europea posterior a 1918, como sobre los sucesos españoles de 1931. Uno y otro formaban parte de la misma lógica. En primera instancia, sus desconfianzas hacia Francia en el tablero de la Europa posterior a 1918 no eran fruto, al menos fundamentalmente, de unas simpatías pro alemanas como tales, sino como resultado de una voluntad de ponderar – y si fuera posible frenar – las ansias francesas de ejercer una hegemonía en la Europa peninsular. Ello, por lo tanto, implicaba una empatía hacia la situación de Alemania, que no un apoyo, pero que no siempre fue correctamente interpretado por sus coetáneos y le valió acusaciones de ser pro alemán que, además, en algunas referencias bibliográficas fueron asumidas de forma acrítica. Y, en segundo lugar, su apoyo a la Segunda República Española fue también una reacción aparentemente sorprendente si se analiza desde la perspectiva del conjunto del Cuerpo Diplomático británico. Ribelles recalca cómo su intervención fue absolutamente decisiva para que Londres reconociese oficialmente a las nuevas autoridades republicanas. Grahame, imbuido de su etapa en París y Bruselas, no tuvo ninguna duda en considerar que la nueva etapa española no suponía ningún riesgo para los intereses británicos en Europa, ni para la gestión y control de su vasto imperio. Al fin y al cabo, España apostaba por un modelo liberal democrático claramente alejado de extremismos. Ello, por lo tanto, no podía ser un motivo de preocupación para Londres.

No obstante, el posicionamiento de Grahame respecto a la Segunda República le acabó pasando factura. Y aquí radica otro de los aspectos relevantes de esta obra. Alfonso XIII, exiliado en Gran Bretaña, no dudó en alentar una serie de amplios y corrosivos rumores que desacreditaban la figura de Grahame una vez que este último se jubiló. El antiguo monarca no dudó en pasar factura al embajador que había dado su visto bueno a la llegada de la etapa republicana en España. La presión de Alfonso XIII fue uno de los factores, aunque no el único – pero sí principal –, que explicaron el final poco alentador del que fuera antiguo embajador en España. Grahame acabó sus días con una imagen enturbiada por su apoyo a las autoridades republicanas españolas y quedando notablemente aislado, aunque en ello también tuvo que ver su particular trayectoria personal que, entre otros elementos, incluyó la ausencia de un estrecho círculo familiar de apoyo.

El detallado seguimiento y explotación de los fondos archivísticos británicos, franceses, belgas y españoles, sin olvidar incursiones en la historia oral, al margen de un minucioso trabajo a nivel hemerográfico y bibliográfico, han tejido una obra sólida y relevante sobre la figura de un destacado diplomático británico en la Europa del primer tercio del siglo XX; o, si se quiere, una reconstrucción histórica sobre la trayectoria de las relaciones internacionales posteriores a la Gran Guerra, así como sobre la trayectoria española, a partir de la perspectiva diplomática británica. Y más aún en la medida que esta obra aporta significativo material fotográfico, inédito en muchos casos, que ayuda a visualizar una precisa imagen de protagonistas y contextos que son referenciados en sus páginas. En

definitiva, unas credenciales que convierten esta biografía de Sir George Dixon Grahame en una pieza necesaria para todos aquellos historiadores e historiadoras que quieran profundizar en la historia española, y europea, de la primera mitad del siglo XX.

Josep Puigsech Farràs